

MANANA PRODUCCIONES

EL GIGANTE EGOÍSTA

Oscar Wilde



EL GIGANTE EGOÍSTA

Oscar Wilde



EL GIGANTE EGOISTA
Manana Producciones

Producción: Mariana Acosta S.
e-mail: marianaas44@hotmail.com

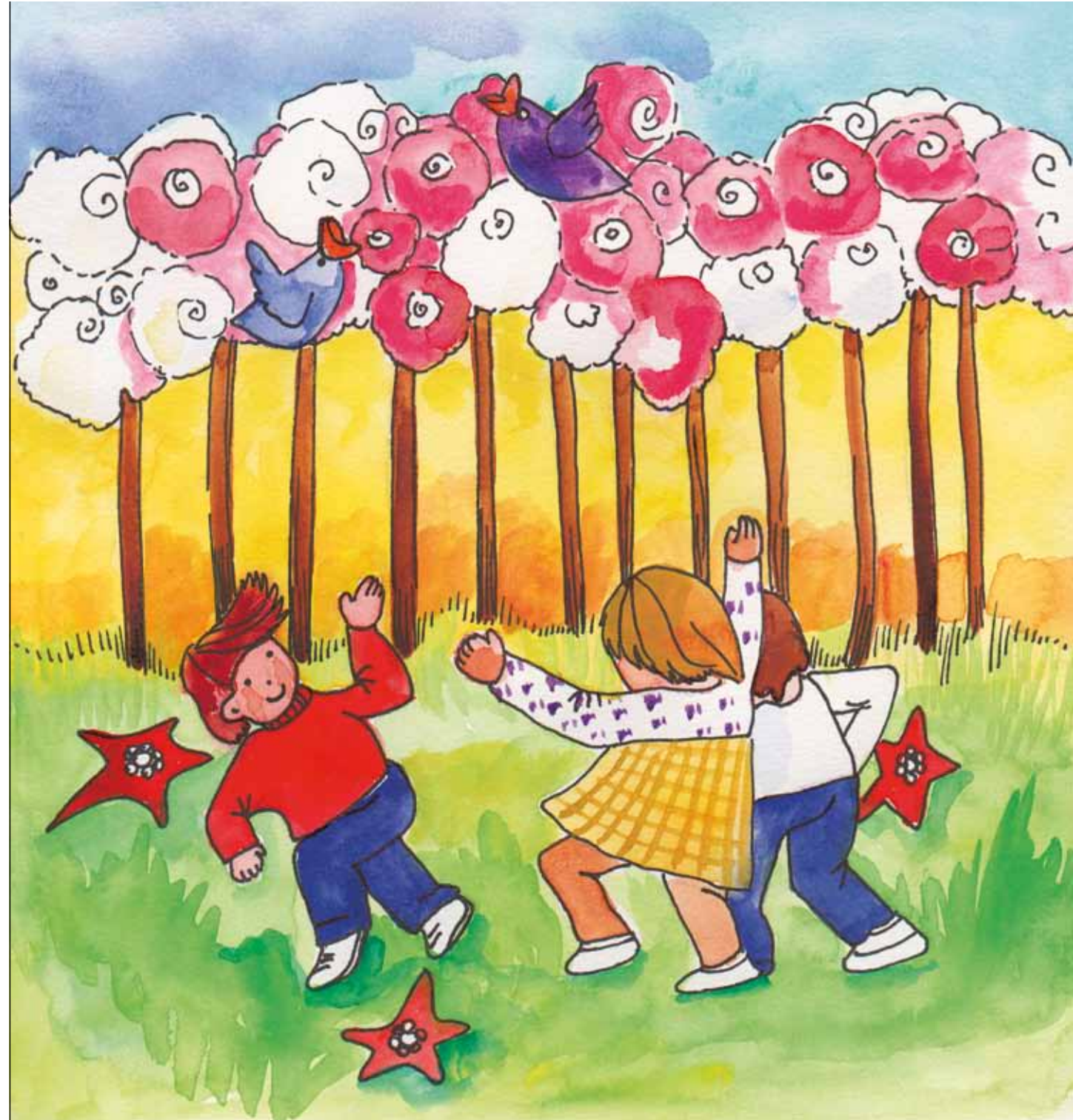
Ilustración: Francesca Ratto M.
Diseño de la colección: Caterina di Girolamo A.

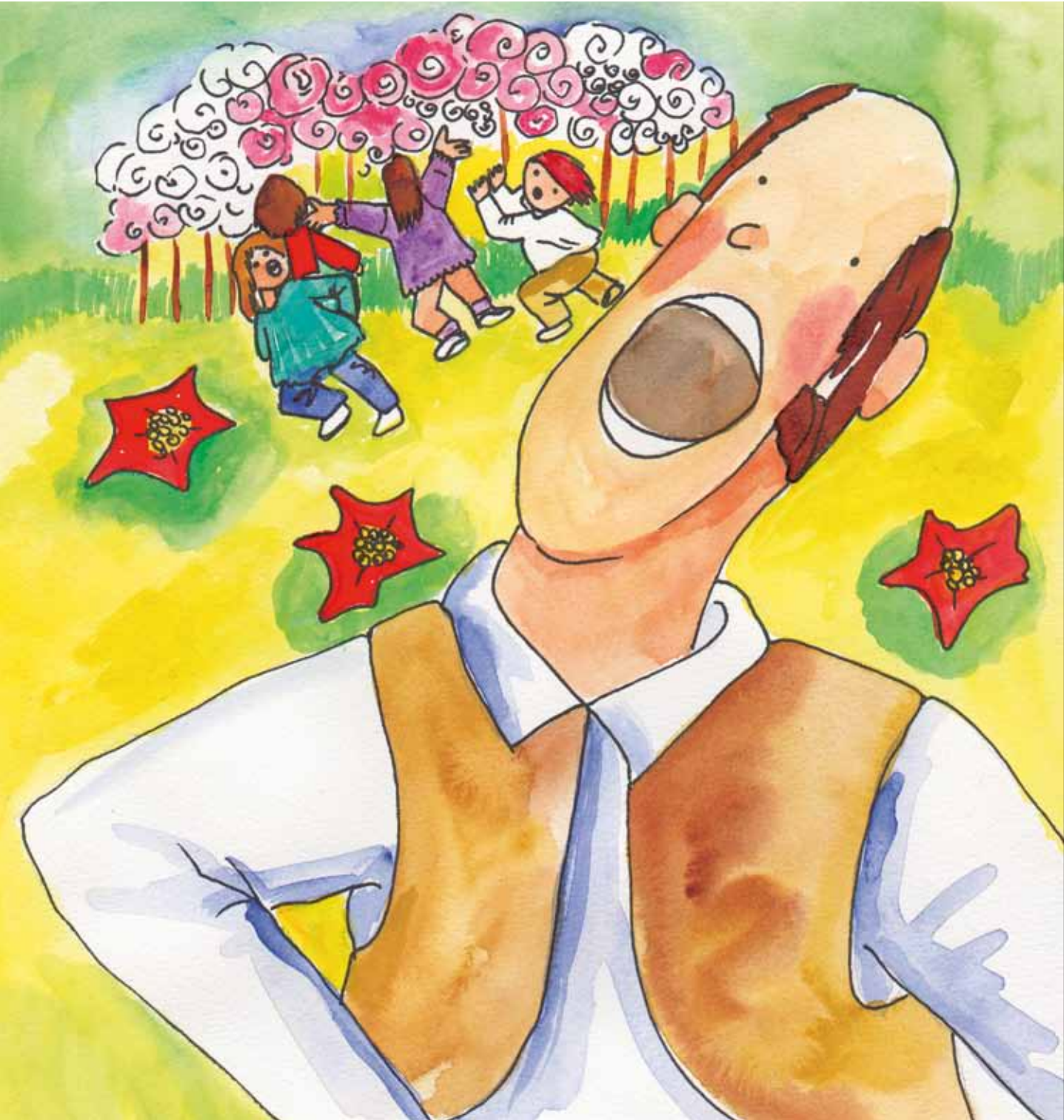


Todas las tardes, cuando volvían del colegio, los niños tenían la costumbre de ir al jardín del gigante para jugar.

Era un jardín grande y encantador. Lo tapizaba una hierba verde y suave, y hermosas flores brillaban como estrellas aquí y allá. Había doce durazneros que se cubrían en primavera con una delicada floración rosa y blanca, y daban en otoño hermosos frutos. Desde las ramas, los pájaros allí posados cantaban tan dulcemente, que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos.

—¡Qué felices somos aquí! —se decían unos a otros.





Un día el gigante regresó. Había ido a visitar a su amigo el ogro de Cornualles, y en su casa había vivido por siete años. Pasados estos siete años, había dicho ya todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar vio que los niños estaban jugando en su jardín.

—¿Qué hacéis aquí? —les gritó con voz áspera.
Y los niños huyeron.

—Mi jardín es sólo para mí —dijo el gigante—. Todos deben entenderlo así, y no voy a permitir que nadie que no sea yo disfrute de él.

Entonces lo rodeó de un alto muro y colgó el siguiente cartel:

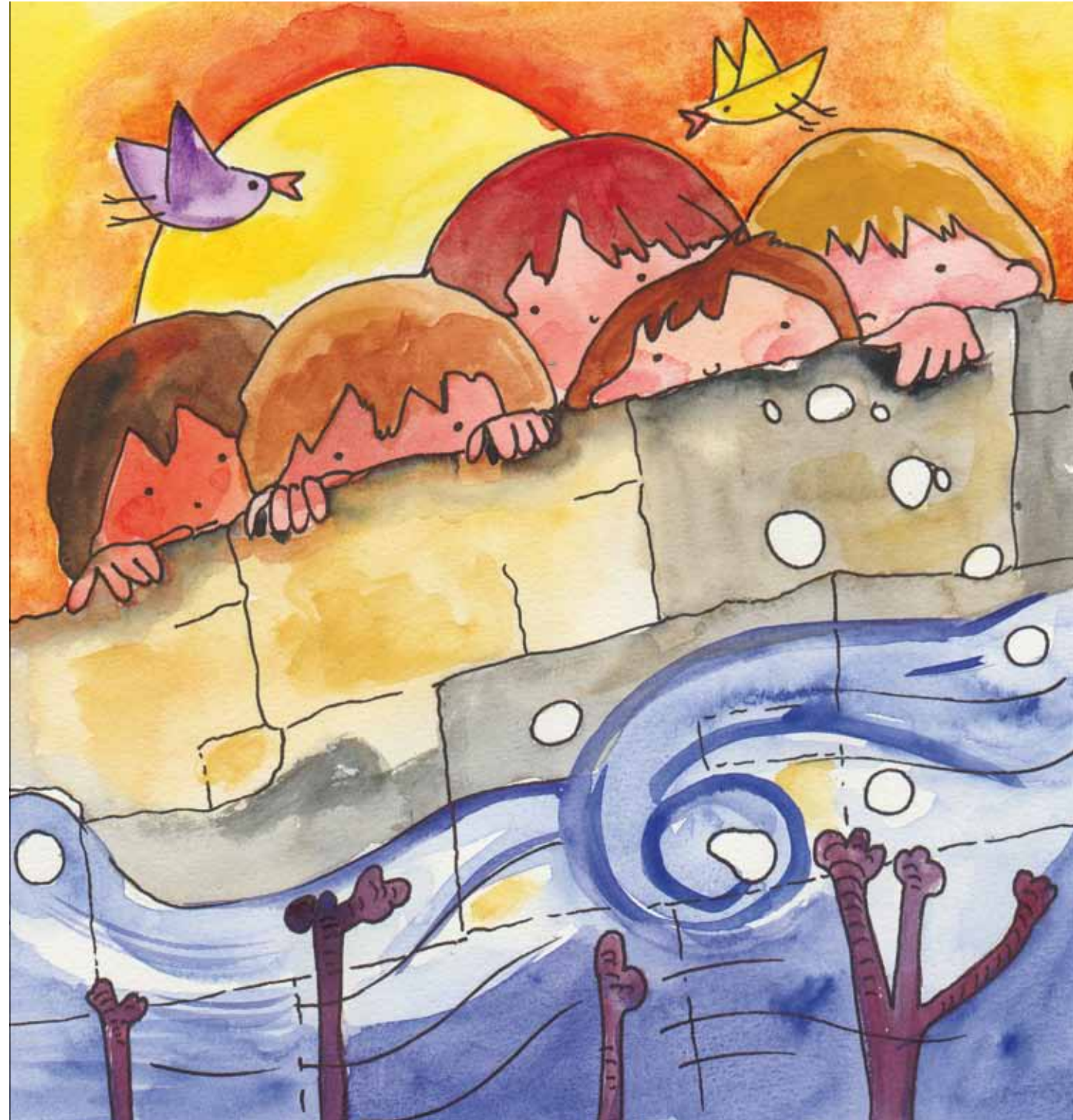
**QUEDA PROHIBIDA LA ENTRADA
BAJO LAS PENAS LEGALES CORRESPONDIENTES**

Era un gigante muy egoísta.
Los pobres niños no tenía ya un lugar donde divertirse. Probaron jugar en la carretera; pero la carretera estaba muy polvorienta, sembrada de piedras agudas, y no les gustó. Tomaron la costumbre de pasearse alrededor del alto muro cuando terminaban sus clases, para hablar sobre el hermoso jardín que había al otro lado.

—¡Qué felices éramos allí!— se decían.

Llegó entonces la primavera, y en todo el país aparecieron los pájaros y las flores. Sólo en el jardín del gigante egoísta continuaba siendo invierno. Desde que no iban allí los niños, los pájaros no tenían deseos de cantar y a los árboles se les olvidaba florecer. En cierta ocasión una bella flor levantó su cabeza sobre el césped; pero al ver el cartel se entristeció tanto pensando en los niños, que se dejó caer sobre la tierra y se volvió a dormir. Los únicos en alegrarse fueron el hielo y la nieve.

—La primavera se ha olvidado de este jardín — exclamaban—. Gracias a esto podremos vivir en él todo el año.





La nieve extendió su gran manto blanco sobre la hierba y el hielo revistió de plata todos los árboles. Invitaron entonces al viento norte para que viniese a pasar con ellos una temporada. El viento norte aceptó y vino. Estaba envuelto en pieles. Bramaba durante todo el día por el jardín, derribando chimeneas a cada momento.

—Este lugar es delicioso —decía—. Invitemos también al granizo.

Y llegó entonces el granizo. Todos los días, tocaba durante tres horas el tambor sobre los techos del castillo, hasta romper así muchas tejas. Entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín, lo más rápido que podía. Iba vestido de gris y su aliento era de hielo.

—No comprendo por qué la primavera tarda tanto en llegar —decía el gigante egoísta, cuando se asomaba a la ventana y veía que su jardín continuaba blanco y frío—. ¡Ojalá cambie el tiempo!

Pero la primavera no llegaba, ni el verano tampoco. El otoño trajo frutos dorados a todos los jardines, pero no dio ninguno al del gigante.

—Es demasiado egoísta —dijo.

Y en casa del gigante era siempre invierno, y el viento norte, el granizo, el hielo y la nieve danzaban en medio de los árboles.

Una mañana el gigante, ya despierto pero acostado aún en su lecho, oyó una música muy bella. Tan dulcemente sonaba en sus oídos, que imaginó a los músicos del rey pasando por allí. Era en realidad un *pardillo* que cantaba frente a su ventana, y como hacía tanto tiempo que el gigante no oía a un pájaro en su jardín, le pareció la música más hermosa del mundo. Entonces el granizo dejó de bailar sobre su cabeza y el viento del Norte cesó de rugir. Un delicioso perfume llegó hasta él a través de la ventana abierta.

—Creo que por fin ha llegado la primavera —dijo el gigante.

Y saltando del lecho se asomó a la ventana y miró. ¿Qué fue lo que vio?





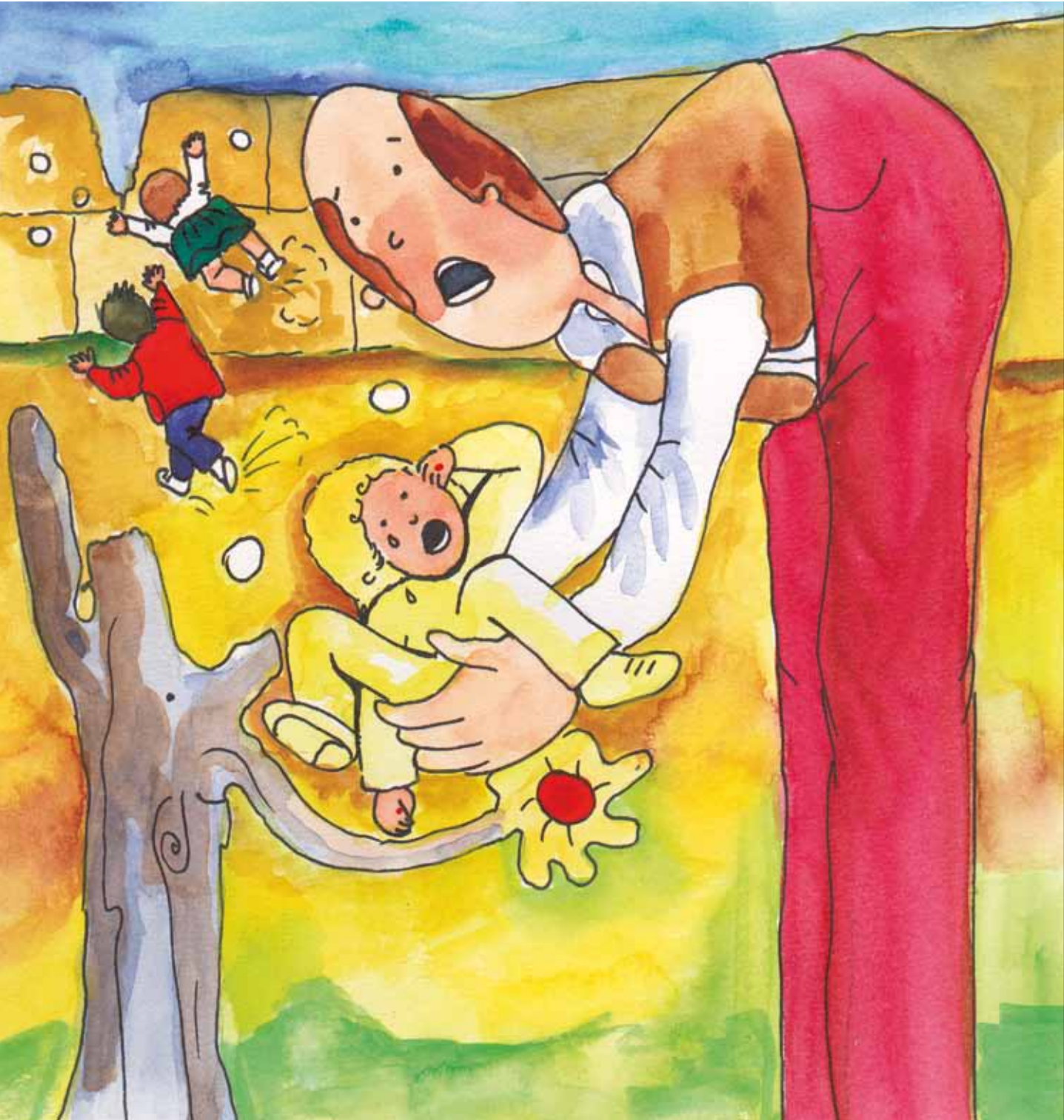
Pues vio un espectáculo extraordinario. Por una brecha abierta en el muro, los niños se habían deslizado dentro del jardín, encaramándose a las ramas. Sobre cada árbol que él alcanzaba a ver, había un niño. Y tan felices se sentían los árboles al sostener otra vez a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban sus brazos graciosamente sobre las cabezas infantiles. Los pájaros revoloteaban yendo de un árbol a otro mientras cantaban melodiosamente, y las flores reían alzando sus cabezas sobre el césped. Era un cuadro hermoso.



Sólo en un rincón, en la esquina más apartada del jardín, seguía siendo invierno. Allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, que no había podido alcanzar las ramas del árbol y se paseaba a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol se hallaba aún cubierto de hielo y de nieve, y sobre de él rugía y soplaba el viento norte.

—Sube ya, niño —decía el árbol. Y extendía sus ramas hacia él, inclinándose cuanto podía, pero el niño era demasiado pequeño.





El corazón del gigante se enterneció al mirar hacia afuera.

“¡Qué egoísta he sido!”, pensó. “Ahora sé por qué la primavera no quería venir aquí. Voy a subir a ese pobre niño sobre la cima del árbol, luego derribaré el muro, y mi jardín será ya siempre el sitio de diversión de los niños.” En verdad, estaba arrepentido de lo que había hecho.

Bajó las escaleras, abrió la puerta y salió al jardín. Pero los niños, al verlo, se asustaron tanto que escaparon, y el jardín otra vez quedó invernal. Tan sólo el niño pequeñito no había huido, pues sus ojos estaban llenos de lágrimas y no lo vio venir. Y el gigante fue hasta él, lo tomó cariñosamente con sus manos y lo depositó sobre el árbol.

E inmediatamente el árbol floreció, los pájaros vinieron a posarse y a cantar sobre él, y el niño extendió sus brazos, rodeó con ellos el cuello del gigante y lo besó. Y los otros niños, viendo que el gigante ya no era malo, se acercaron, y la primavera los acompañó.



—Desde hoy éste es vuestro jardín, pequeñuelos —dijo el gigante. Y tomando un martillo muy grande, echó abajo el muro. Cuando a mediodía los campesinos fueron al mercado, vieron al gigante jugando con los niños en el jardín más hermoso que pueda imaginarse.

Estuvieron jugando durante todo el día, y por la noche fueron a despedirse del gigante.

—Pero, ¿dónde está vuestro compañerito? —les preguntó—. ¿Aquel niño al que subí al árbol?

Era a él a quien más quería el gigante, porque lo había abrazado y besado.

—No lo sabemos —respondieron los niños—. Se ha ido.

—Decidle que venga mañana sin falta —repuso el gigante.

Pero los niños contestaron que no sabían dónde vivía y que hasta entonces no lo habían visto nunca.





Y el gigante se quedó muy triste. Todas las tardes, a la salida del colegio, venían los niños a jugar con el gigante, pero éste ya no volvió a ver el pequeño a quien tanto quería. Era muy bondadoso con todos los niños, pero echaba de menos a su primer amiguito y hablaba de él a menudo.

—¡Cuánto me gustaría verlo! —solía decir.

Pasaron los años, y el gigante envejeció y fue debilitándose. Ya no podía participar en los juegos; se quedaba sentado en un gran sillón, viendo jugar a los niños y admirando su jardín.

—Tengo muchas flores bellas —decía—, pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana de invierno, mientras se vestía, miró por la ventana. Ya no detestaba el invierno; sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos, atónito, y miró con atención. Era una visión realmente maravillosa. En un extremo del jardín había un árbol casi cubierto de flores blancas. Sus ramas eran todas de oro y colgaban de ellas frutos de plata; y bajo aquel árbol estaba el pequeño niño a quien quería tanto.



El gigante se precipitó por las escaleras lleno de alegría y entró en el jardín. Corrió por el césped y se acercó al niño. Y cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a herirte?

En las palmas de las manos del niño y en sus pequeños pies se veían las sangrientas señas de dos clavos.

—¿Quién se ha atrevido a herirte? —gritó el gigante—. Dímelo. Iré a buscar mi espada y lo mataré.

—No —respondió el niño—, éstas son las heridas del Amor.

—¿Quién sois? —dijo el gigante. Un temor respetuoso lo invadió, haciéndolo caer de rodillas ante el pequeño.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

—Una vez me dejaste jugar en tu jardín. Hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando aquella tarde llegaron los niños, encontraron al gigante tendido, muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.



